

dos del jardín ligeramente inculto, que mezclaba sus flores y sus frutos en el renuevo de la estación otoñal; la casita que recorría Jack pieza por pieza, bajándose un poco para encontrar en todos los rincones migajas de su infancia desaparecida, resultó por primera vez, y sin ironía alguna, en armonía con el letrero de su frontispicio:

“Pequeña casa, gran reposo.”

FIN DEL TOMO II.



En una Playa

En una ígnea eucaristía del abismo, las olas se tragaban al sol agonizante. Una gran nube adusta se aproximaba cada vez más al moribundo como para recoger, cual una vestal fantástica, la última herencia de fuego. En el gris cinericio; en el oscuro de montaña, jaspeado como evanto; en la densa y amplia franja de la baja lejanía, livida en las desgarraduras de azucena; en la belleza doliente de la tarde sin púrpura, florecía la tristeza arcana y trágica que llena el mundo y triunfa como una musa en las almas cantantes y nostálgicas. Lilas descaecidas, amatistas dispersas, blandas hondas blondas, perdíanse en la decoración dolorosa del crepúsculo, huyendo en la melancolía ambiente como ruinas de una pompa vencida.

En el poblado, ardoroso como el desierto, á las veces hirviente como una fragua, irregular como un peñasco, callado como un panteón, pintoresco como una feria; la sensación de tristeza era mas honda, más grave. Era una desolación sofocante en la aridez maldita, nutrida de agresión y de inclemencia.

De un frágil kiosco azul, empinado y solitario, volaban como un tropel de pájaros los acordes de una música pública; volaban vibrando como una poesía proscrita que vertiera en el duelo de la tarde el llanto de un corazón traicionado mientras la multitud giraba, giraba, giraba, en el extraño paseo arenoso, frente al palacio capitolio, en torno al kiosco azul, á dos pasos de la playa eternamente sitibunda.

Cual una rosa de la noche ya compacta, la visión de un cuerpo victorioso pasaba ante el kiosco azul como una fascinación. El rumoroso traje evocaba los dramas de la seda en los combates de lujo. Los grandes ojos záfirs rutilaban como joyas prodigiosas. Y el oro de las estrellas condensado en la cabeza hermosísima, y allí quemado al fuego de la sagrada llama interna, resplandecía en el admirable rubio rojo de las rojas lontananzas.

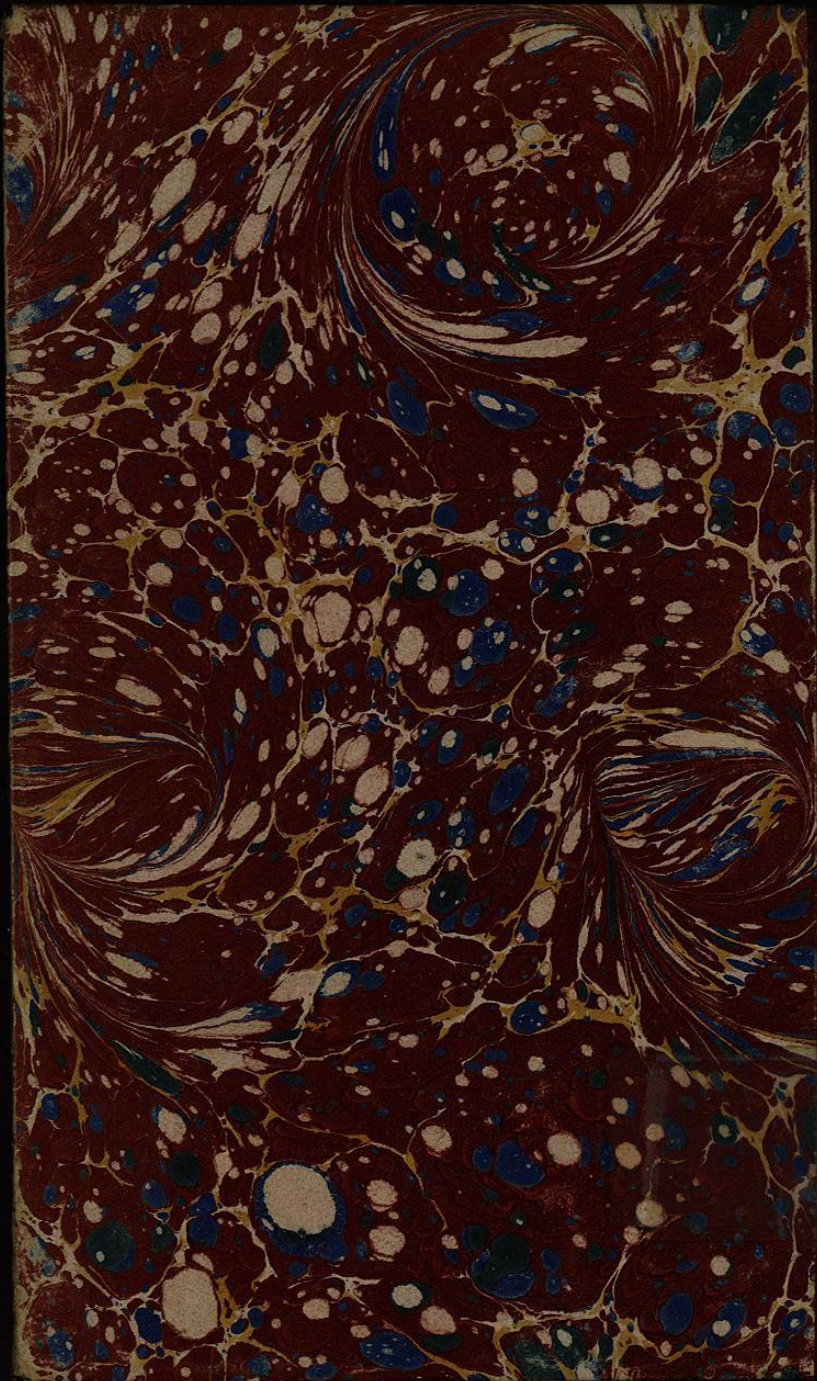
En la tiniebla tórrida y tachonada ni un retal del azul cristalino de las noches amantes.

La música del kiosco volaba cantando las lágrimas de un aria; el abismo vociferaba sus iras en el motín de las

olas; las luces de los focos se enfilaban á lo largo de las aguas y las calles en una perspectiva simétrica y desierta; del puente en perpetuo columpio partían como lamentos que vagaban y se extinguían en el canal dormido; las antiguas y ociosas fortalezas elevaban en la sombra á ambos lados las masas almenadas de sus muros torvos; y en la eminencia irrisoria de un calvario distante, aún más árido que el de la cruz nazarena, un súbito disparo de cañón anuncia la hora taciturna y extiende una fantasía bélica sobre la noche muerta.

JACINTO LOPEZ.





P
S
V